

Tic Tac

Pedro preguntaba seguido: Qué día era, cuando su madre le respondía lunes o martes, él se lamentaba pensando que la semana seria interminable y que aún le restaban largos días de escuela y de deberes.

Para Pedro los viernes a la tarde pasaban a un ritmo exageradamente veloz, sin embargo los domingos solían durar mucho mas que los sábados pero menos que los días lunes.

Los domingos de los feriados largos (cuando no salían a pasear) parecían duplicarse, cuando llovía y hacia frío la duración del día se triplicaba y si los tíos de Pedro venían a casa a visitarlos, los días pasaban lentamente agregándole números y agujas al reloj.

Pedro se inventaba actividades sincronizadas, le gustaba cumplir con las tareas en tiempo récord, así, el tiempo que ganaba siendo veloz lo invertía en nuevos y veloces desafíos.

Fue un miércoles a la tarde cuando Pedro logró obtener el gran récord de hacer su cama en solo dos minutos, quince segundos, y este gran resultado no se debió a la tramposa idea de estirar las sábanas (alisando las arrugas con la palma de la mano bien abierta) sino al entrenamiento exigente de todos los días.

Cuando Pedro jugaba a otras cosas no pensaba en el tiempo, nunca controló el tiempo cuando jugaba con su perro ni cuando Joaquín (el vecino de enfrente) venía a jugar con los soldaditos al porche de su casa.

Para Pedro estaba claro, el tiempo debía administrarse de la mejor manera posible, pensaba que cuanto menos tiempo le llevara ordenar su cuarto o levantar los platos luego de cenar era mas tiempo para jugar y divertirse.

Pedro tenia once años cuando tuvo consciencia de que el tiempo pasaba un poco mas rápido que de costumbre, fue aquella mañana en la escuela cuando su maestra de sexto año mencionó la palabra Liceo.

Liceo? pensó con el ceño fruncido, pero al liceo van los grandes y yo soy un niño todavía, quedaban tres meses para finalizar el curso y él era un buen alumno, así que pasaría de año sin problemas, Pedro cambiaría de vida en poco tiempo.

Ese mediodía, luego de salir de clase, recorrió con sus ojos aquellas cosas que formaban parte de su camino rutinario e intentó memorizarlas para jugar por la noche a recordarlas.

Su mirada era mas alta y amplia (quizás por la repentina consciencia de su crecimiento) leyó los nuevos y los viejos graffitis que adornaban los muros de su barrio, los repitió en voz baja e intento comprender su contenido (algunos de ellos eran tan explícitos que no necesitaban estar ocupando un sitio en el espacio) sin embargo otros parecían encerrar un mensaje interesante pero aún desconocido para él.

Hizo ladrar con sus pasos a los caniches veteranos de la cuadra, algunos vecinos lo saludaban con

sonrisas, otros (con ojos olvidadizos u cegueras añejadas) lo saludaban dudosamente.

En ese recorrido habían algunas imágenes que se repetían todos los días (y si estas no estaban, era un mal síntoma) la viejita de bastón verde sentada en su reposera silbandole al gato negro de enfrente, o la niña diminuta de cabellos largos pedaleando velozmente sobre su triciclo ruidoso de dos colores.

Pedro sonreía tranquilo cuando veía esas imágenes, todo ese paisaje familiar lo había acompañado hasta ese día y esa era la primera vez que tomaba consciencia de ello.

Su madre le preguntó si había tenido algún problema camino a casa, porque estaba llegando diez minutos tarde, Pedro pensó que diez minutos no hacían diferencia, y que el recorrido a casa se le había hecho tan agradable, que el tiempo se le escapó de las manos sin darse cuenta.

Mientras colocaba los cubiertos a los lados de su plato, le preguntó a su madre si ella no tenía la sensación, de que el tiempo iba un poco más rápido que de costumbre.

Su madre sonrió con una mueca nostálgica, guardó un silencio que parecía herirla, como si estuviesen llegando a su cabeza recuerdos dolorosos, o pensamientos lejanos que no la visitaban hacía tiempo.

Pedro mordió con culpa el codo de la flauta (el silencio no se hacía ni sonrisa, ni llanto, ni palabra) su madre revolvía la olla con los ojos perdidos en lejanos horizontes, entonces comprendió que para su madre, el tiempo pasaba a una velocidad dolorosa.

La mirada materna volvió a la normalidad, entonces luego de un largo suspiro respondió "sí, el tiempo pasa cada vez más rápido y vaya a saber por qué?". Pedro sintió que ese era un tema que debería evitar hablarlo con ella, quizás su abuelo tendría otra capacidad para discutir sobre el tiempo y sus variaciones de velocidad y compases.

En ese momento Pedro recordó las palabras de su abuelo Tomás "el tiempo cura heridas, démosle tiempo al tiempo, pero Pedrito, hay cosas que no olvidarás, mismo si ha pasado un siglo", esa conversación fue algunos meses después de la muerte de su abuela Blanca (a la cual tanto Tomás como Pedro extrañaban mucho).

Esa noche Pedro recordó, una por una, las imágenes del recorrido de la Escuela a casa, allí, estaban las letras azules que decían: Viva Pepe! y Cynthia te amo, dentro de un corazón. También había una inscripción debajo de la ventana de su casa que decía: "Cuándo aprenderemos a cuidar de nuestro único patrimonio: el tiempo? ahora es tiempo de amarnos, quizás mañana sea demasiado tarde", ese graffiti no le decía mucho, mismo si tenía la sensación de que se trataba de un mensaje profundo de amor.

Desde su cama veía las ramas de los árboles balancearse con la tierna brisa de la primavera, un camión rojo cargado de lechugas, una pizarra con números de quiniela, un perro abandonado doblando la esquina y aquella niña de larga cabellera dejando sonidos metálicos al pasar con su triciclo bicolor.

La noche se hizo sueño, el sueño imágenes oníricas y la madrugada día, semanas, meses, luego la

primavera se convirtió en un verano sofocante con regalos bajo el árbol de navidad y la playa repleta de sombrillas y mujeres doradas recreaba a las familias en vacaciones.

Un nuevo año comenzó en todos los rincones del mundo, los viejos almanaques viajan en bolsas de basura y los nuevos, lucen sus feriados con orgullo colgados de algún clavo desnudo.

Era trece de marzo y Pedro ganó el récord tomando su taza de café con leche, en solo cuarenta y cinco exactos segundos (los reyes magos le habían dejado un lindo y moderno cronometro que le permitía contar con perfección el tiempo de las cosas).

El camino era nuevo, las baldosas estaban rotas y los quioscos abrían ansiosos sus puertas a los nuevos liceales, los niños se concentraban en la puerta de aquel viejo edificio, compartiendo el miedo de una nueva y desconocida etapa.

Pedro tenía la boca reseca, la panza revuelta y un fuerte perfume a lapices de colores, en su espalda colgaban las cuadernolas que apretadas contra el cierre de la mochila esperaban tener carátulas y horarios.

Con sus tiernos ojos “relojeaba” a las muchachas que sonreían con las manos inquietas en los escalones del patio, miraba sus rodillas tímidas, sus párpados recién despiertos, sus cabellos bien peinados (por ser el primer día de clase) y muchos aromas frutales que las hacían comestibles.

Era una nueva etapa, un tiempo de cambios que lo sumergía en una realidad desconocida, su metro y medio de altura le daba cierto coraje para caminar solo por las nuevas calles y para mirar muchachitas sin grandes temores.

Se había prometido ser valiente y no mostrarle a nadie ni el menor síntoma de miedo (mismo si las transformaciones eran vertiginosamente progresivas), estaba siendo un nuevo Pedro, con una voz que cambiaba cada día, una nuez que tomaba protagonismo en su cuello blancuzco de niño y algunos pelos resortes bajo el brazo que no le gustaban para nada.

Esa mañana su madre se había quedado con la misma mirada perdida (como la de aquel día de la pregunta incomoda sobre el tiempo) viéndolo salir de casa con la mochila al hombro y una silueta renovada.

Cuando la imagen de Pedro se perdió en la esquina, el llanto de la madre comenzaba a hacerse visible, para la mamá de Pedro el tiempo pasaba a una velocidad injusta. Le parecía tan cercana la imagen de un Pedro recién fecundado moviéndose en su vientre, las eternas discusiones sobre el nombre que llevaría y el reciclado cuarto celeste eran memorias cercanas que el Pedro que doblaba la esquina las empujaba hacia un pasado remoto.

Un hombre de barba pidió silencio en el umbral de la gran puerta de entrada, los ojos ansiosos se posaron de a uno en el cuello acartonado del barbudo y las risas comenzaron a ser labios apretados o bostezos miedosos en las caras de los nuevos liceales.

En unas breves y poco simpáticas palabras, el señor de barba y camisa celeste se presentó como el

adscripto del turno de la mañana, se llamaba Juan Pedro Gomensoro y apenas tenía algunas arrugas en su rostro.

Frente a él había una muchedumbre de buzos azules que temblaban, entre ellos estaba Pedro, con su corbata colorada recién sacada del envoltorio de la tienda, todos tenían una sola mueca de angustia y de adrenalina.

El adscripto comenzó a nombrar por orden alfabético los estudiantes pertenecientes a primer año A, comenzó con una tal Valeria Acevedo seguido de una Agustina Bianco que cruzaban el umbral con ojos de ternero desgoyado (ambas con las cabezas gachas aguantando el llanto aniñado).

Pedro vio como lloraban algunas de las madres que estaban presentes despeinando sus mechones con soplidos de vejez, algunos autos comenzaron a prender sus motores emprendiendo la ida, detrás del tipo de barba (ahora adscripto de esa tropilla de niños y niñas adultos) se encontraba una mujer de pullover rosa, que registraba detrás de sus gruesos cristales la entrada efectiva de los estudiantes nombrados por Juan Pedro.

El patio de entrada comenzó a vaciarse a los pocos minutos de aquella bienvenida insulsa, los estudiantes entraban con sus cuadernos en blanco, esperando la gimnasia ágil del reloj que los permitiera regresar temprano a casa para contar la nueva experiencia deser liceal.

Los labios gruesos del adscripto masticaron con desgano el nombre de Pedro Frugone seguido de una mirada despistada entre los últimos seis "chiquilines" que quedaban en la entrada, la mujer de lentes sonrió mecánicamente dándole la bienvenida a Pedro y al resto de los muchachitos (aún sin identidad).

Habían pasado veinte minutos (que parecían extensas horas de tramites burocráticos). Qué decepción! Tan solo veinte minutos? pensó sorprendido, Pedro no comprendía como las vacaciones habían pasado como gloriosos e insignificantes segundos, en cambio esta mañana parecía ir con el ritmo de una vieja locomotora.

Quién administraba el tiempo y sus percepciones?

Se sentó en uno de los últimos bancos de la clase, había un olor húmedo que apagaba el olor dulce de los lapices, en su mesa había dibujado un reloj de arena y debajo una frase que decía Juan Pedro te amo!.

Pedro que solo se llamaba Pedro pensó en una niña de ojos claros escribiendo con marcador esa frase, esta niña estaría enamorada del adscripto barbudo de la entrada?

En el escritorio del profesor había una tiza blanca suspendida en la inmensidad de la mesa, la puerta de vidrios quebrados se abrió para recibir a una mujer muy alta de cabellos rojos y mirada colorida.

Pedro se detuvo en la cara pintada de la profesora y cuando vio sus párpados lilas y verdes, pensó en la cantidad de tiempo que esta señora pasaría frente al espejo cubriendo con sombras sus inmensos párpados y en las pocas horas quedormiría por culpa de su cargado maquillaje.

La mujer tenía una sonrisa que se desmoronaba de golpe con cada palabra, hizo una presentación muy formal que buscaba aprobaciones (inexistentes) en la veintena de alumnos de la sala.

Pedro detuvo su mirada en el segundero adormecido y perezoso de su reloj que no avanzaba ni con el aliento de veinte sufrientes personitas.

Este, sería el récord mas lento de todas sus clases?, la vieja maestra Josefina no era muy dinámica, pero esta nueva profesora de ciencias físicas le agitaba aún mas la paciencia con su voz apagada, obligando a Pedro a pensar en su cama tibia, llevándolo hacia ella en un ritmo hipnótico de sueño y pesadez.

Pedro, Pedro, ven a mi!! (exclamó la voz entre bostezos de su cama destendida).

Pedro se zambulló de lleno entre sus brazos, usando su corbata como cómplice de aquella siesta descaradamente inoportuna.

En sus sueños había un tipo parecido al adscripto en malla de baño y con botas de lluvia cantando el himno nacional debajo de la ducha, una mujer de cabellos colorados (igualita a la profesora de ciencias físicas) que maquillaba a las niñas de lentes de la primera fila con una lata de pintura, habían corbatas rojas bailando alrededor de un reloj de arena (que no tenía arena sino café con leche).

En la punta del salón se veía una multitud de caracoles con buzos azules que se trepaban por una regla T, hasta el escritorio de la profesora y en la puerta de vidrio habían vitrales coloridos que cambiaban de lugar como si fuesen fichas de dama.

El tiempo es oro! gritaba un billete de mil pesos desde uno de los bancos del fondo abrazado de un cronometro digital que escribía en el pizarrón Juan Pedro te amo con spray azul.

Pedro se despertó repentinamente con el filoso pellizcón en la oreja, que la profesora le provocó cuando lo escuchó roncar en medio de la clase, sus compañeros soltaron la carcajada al verlo babearse como un perro.

Pedro se sintió un poco avergonzado (pero nada que el tiempo no pudiera borrar) se secó la baba en un simple ademán y con muchísimo esfuerzo (en un brusco ejercicio de estiramiento facial) comenzó a escuchar nuevamente la voz doble y angustiante de la profesora.

Los cabellos rojizos caían sobre la cara de la mujer dejando al descubierto solamente sus ojos barrocos, el resto estaba oculto tras los rulos imperfectos de la melena. Se notaba que de su boca salían frases cansadas, millones de veces repetidas a otros niños, en otras aulas, a otras horas del día, dichas del mismo modo, con las mismas pausas y en idéntico orden.

El programa de ciencias físicas de primer año estudia: La luz, El espacio y El fenómeno del tiempo, la profesora decía esa frase, con una mecanicidad de fabrica, sostenida entre un paréntesis de sonrisas fingidas en una clase de jóvenes sordos.

Pedro terminó de despertarse con la última frase, pero cómo hablarían del tiempo? como un concepto estático alejado de la realidad o como una consecuencia directa en la vida de todos?

La clase terminó en un estallido de cierres de bolsos y cartucheras, sonidos de monedas que se contaban entre las palmas adolescentes, paquetes metálicos abriéndose y finalmente el timbre chillón del recreo.

Era cierto lo que su padre le decía “el liceo encierra otra magia” y es cierto hay un aire menos monótono en el aula, también pueden verse las siluetas de las personas que caminan por el patio sin ningún trazo de misterio.

En la escuela parece no correr ni una gota de aire, las ventanas parecen estar siempre cerradas y la única maestra esta sentada detrás de una mesa maciza alejada de los alumnos.

La escuela esconde detrás de las blancas túnicas, largos años de puritanismo reprimiendo al cuerpo en todas sus expresiones, escondiendo el movimiento, el desnudo y su gracia.

Los profesores tenían carasmas reales, parecen mostrar una cierta decadencia (propia del ser humano) que las maestras esconden con éxito detrás de sus peinados simples o de sus sobrios colores.

Caras nuevas, renovadas, profesores viejos y profesoras jovencitas se paraban delante de aquel grisáceo pizarrón hablando de temas diferentes, todos tenían una manera particular de dar clase, algunos lograban con su sola presencia un silencio rotundo, otros en cambio pedían silencio repetidas veces fatigándose la voz con gritos y chistidos.

El camino del liceo a la casa de Pedro podía hacerse caminando o en ómnibus, eran doce cuadras (que dependían del clima para ser cortas o largas) los días frescos y agradables se ahorra la plata del boleto y los días de tormenta aprovechaba para repasar la lección en tres paradas.

El tiempo iba a una velocidad devoradora tragando todo lo que estaba a su alcance, Pedro vivía momentos de alegría que en segundos se convertían en recuerdos, las invitaciones a fiestas y cumpleaños lo tenían pendiente de los fines de semana. Las salidas, los viajes, su adolescencia era un “collage” de risas y de abrazos, de noches y traspasos.

Las piernas cruzadas de la pelirroja colgando del banco de la entrada, las cartas recibidas, los poemas frustrados, la primavera con su enredadera de besos que florecen, la música, el tumulto, la amistad que es fecunda y parece durar para toda la vida.

Las promesas, los muros repletos de perdones, los goles errados, los jeans rotos, la muerte de su abuelo y las canas de sus padres.

Durante su adolescencia Pedro se olvidó del cronometro y dejó de usar relojes su único reloj, era el biológico, todo lo que importaba en esos momentos era comer, dormir y divertirse, las sensaciones surgían de forma libre a cualquier momento del día (generalmente defasadas del ritmo del resto).

Los padres de Pedro se convirtieron en lejanos parientes, con los que compartía muy de vez en cuando, algún almuerzo o cena y cuando los veía, no los miraba con contemplación, sino que era una mirada distraída que solía rebotar en la pantalla del televisor.

Los años no se detenían, los fuegos artificiales no paraban de anunciar la llegada de un nuevo año y

en la apertura las metas se renovaban, los deseos cambiaban de rumbo y algún que otro pedido se renovaba repitiendo el mismo augurio.

Fue en la noche del treinta y uno de diciembre que Pedro vio su reflejo en aquella copa esmerilada, vio su barba crecida, su nuez punzante, sus ojos detrás de unos anteojos y un brazo extendido sobre los hombros de una muchacha sonriente.

En el simple acto de verse pudo darse cuenta del pasaje del tiempo y experimentó aquella vieja sensación de ver las cosas de otro modo, con una lucidez admirable, con una claridad divina, con conciencia de vivir.

El corcho saltó por los aires inaugurando el año nuevo, una cortina de sonidos explosivos cubría las esquinas de los barrios, la gente sonreía bendiciendo a los nuevos integrantes y abrazando a los viejos encorvados bajo las luces festivas y estelares.

Pedro se acercó a su madre, observando de cerca los detalles que delataban cruelmente su vejez, vio la cabellera plateada, los ojos hundidos y cansados, la dentadura prestada y una baja estatura que intentaba mentir sobre tacos altos.

La tomó de la mano con la naturalidad de un niño que aún no camina y le preguntó tímidamente al oído, qué día era, su madre le respondió (un tanto emocionada) que era lunes.

Pedro lamentó la cantidad de días de trabajo que le quedaban por delante, y se quedó estaciado, con los ojos perdidos en lejanos horizontes, reproduciendo la misma mirada triste de su madre frente al pasaje doloroso del tiempo.

Mientras tanto los relojes continúan empujando horas con sus agujas, con su eterna obrera melodiosa del tic tac, siendo este, el infierno de los mortales con insomnio.